

A LO LARGO DE LA LETRA



Gabriel García Márquez

Memoria de mis putas tristes, Colombia,
Grupo Editorial Random House Mondadori
2004

Memoria de mis putas tristes

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

Memoria de mis putas tristes es la novela de la alegría de vivir que propicia el amor, pero también es la novela del humor en medio del clima político de Colombia en el que el censor de prensa decía la última palabra en los años 50 del siglo XX.

El sólo hecho de que un periodista de 90 años, “inflador de cables” que multiplicaba las palabras de las noticias oídas, y crítico musical de *El Diario de la Paz*, en la ciudad de Barranquilla, quiera celebrar su novena década regalándose “una noche de amor loco con una adolescente virgen” es el primer signo del humorismo que subyace en la novela. Es la autobiografía erótica de un periodista seducido por la informalidad y las tentaciones de las mujeres del mal vivir y de sus pasatiempos, a quien “las putas, confiesa, no me dejaron tiempo para ser casado”.

Una noche de “amor loco” con una adolescente virgen más que un acto de amor es un acto de humor, también un canto a la vida. El erotismo, más que el sexo, a través de la mirada. La aventura tuvo, no obstante, su moraleja, y Mustio Collado (nombre que no era el suyo, pero que así lo llamaron sus alumnos de gramática), dirá: “Aquella noche descubrí el placer inverosímil de contemplar el cuerpo desnudo de una mujer dormida sin los apremios del deseo”.

El humorismo relampaguea desde los primeros diálogos entre el profesor y Rosa Cabarcas, la heredera de *La Celestina* de don Fernando de Rojas. Cuando el protagonista le pide a Rosa “una virgen”, él rechaza la docena de opciones deleitables por una razón de fondo, porque “todas

(eran) usadas”. Cuando doña Rosa insiste y él persiste, ella le responde también con humor: “Los únicos Virgos que van quedando en el mundo son ustedes los de agosto”. Cuando la benefactora le dice que le ha conseguido lo que buscaba, pero que sólo tiene 14 años, él le responde: “No me importa cambiar pañales”. Cuando a los 42 años apenas presintió algún malestar físico y fue al médico y este le dijo que eran quebrantos propios de su edad, Mustio le replicó: “En ese caso, le dije yo, lo que no es natural es mi edad”. Cuando se mira al espejo descubre su “perfil equino”.

Para un hombre que antes de los 50 años había hecho el amor con 514 mujeres, según la contabilidad muy sistemática que llevaba, como Juan Vicente Gómez o Don Giovanni en la ópera de Mozart, aquella noche de amor de los 90 años lo remitió al pasado, a los placeres y a los infortunios de su vida.

Cuando el gran Don Quijote de la Mancha envió al Toboso a su (in) fiel escudero en procura de Dulcinea, Sancho Panza, mentiroso, le presentó a la primera campesina que divisó en el camino para salir del trance. Como no tuviera nada que ver con la bella mujer que albergaba en la cabeza, Don Quijote le dijo:

“Sancho, ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores? Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terreno donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y justamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbar y flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea (según dices, que a mí me pareció borrica), me dio un olor de ajos crudos que me encalabrino y atosigó el alma”. Los encantadores le habían impedido disfrutar de la singular belleza de su dama.

Quiero con esto decir que desde Miguel de Cervantes hasta Gabriel García Márquez todos los novelistas tienen en su imaginación las mujeres más bellas del mundo, y tratan de dibujarlas con la perfección de

Vermeer. Puede que Gabo haya escrito *Memoria de mis putas tristes* como un tributo al japonés Yasunari Kawabata y su *Casa de las bellas durmientes*; pero esas mujeres singularmente bellas de sus novelas siempre han estado allí. Podríamos explorar *Del amor y otros demonios* y encontraremos una esclava en Cartagena de Indias, puesta en venta: “Era una cautiva abisinia con siete cuartas de estatura, embadurnada de melaza de caña en vez del aceite comercial de rigor, y de una hermosura tan perturbadora que parecía mentira”. En el cuento *El avión de la bella durmiente*: “Era bella, elástica, con una piel tierna del color del pan y los ojos de almendras verdes, y tenía el cabello liso y negro y largo hasta la espalda, y una aura de antigüedad que lo mismo podía ser de Indonesia que de los Andes”.

Mustio Collado confiesa: “La noche de su cumpleaños le canté a Delgadina la canción completa, y la besé por todo el cuerpo hasta quedarme sin aliento: la espina dorsal, vértebra por vértebra, hasta las nalgas lánguidas, el costado del lunar, el de su corazón inagotable. A medida que la besaba aumentaba el calor de su cuerpo y exhalaba una fragancia montuna. Ella me respondió con vibraciones nuevas en cada pulgada de su piel, y en cada una encontré un calor distinto, un sabor propio, un gemido nuevo, y toda ella resonó por dentro con un arpegio y sus pezones se abrieron en flor sin tocarlos”.

Cuando al final, en la góndola de Loma Fresca coincide con Casilda Armenta, una de las 514, quien le aconseja no abandonar a Delgadina, y sobre todo: “No te vayas a morir sin probar la maravilla de tirar con amor”. A los 91 años, don Mustio renació a la vida con su adolescente enamorada, aunque siempre casta y virgen: “Era por fin la vida real, con mi corazón a salvo, y condenado a morir de buen amor en la agonía feliz de cualquier día después de mis cien años”.

Memoria de mis putas tristes pertenece al universo de las novelas ejemplares.